

ASESINATOS EN CLAVE DE JAZZ

EL BLUES DE LA SEMANA MÁS NEGRA

Andreu Martín

© Andreu Martín, 2007

© Edebé, 2007
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

*Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca
debes rogar que el viaje sea largo,
lleno de peripecias, lleno de experiencias.
No has de temer ni a los lestrigones ni a los cíclopes,
ni la cólera del airado Posidón.
Nunca tales monstruos hallarás en tu ruta
si tu pensamiento es elevado, si una exquisita
emoción penetra en tu alma y en tu cuerpo.
Los lestrigones y los cíclopes
y el feroz Posidón no podrán encontrarte
si tú no los llevas ya dentro, en tu alma,
si tu alma no los conjura ante ti.
Debes rogar que el viaje sea largo,
que sean muchos los días de verano;
que te vean arribar con gozo, alegremente,
a puertos que tú antes ignorabas.
Que puedas detenerte en los mercados de Fenicia,
y comprar unas bellas mercancías:
madreperlas, coral, ébano, y ámbar,
y perfumes placenteros de mil clases.
Acude a muchas ciudades del Egipto
para aprender, y aprender de quienes saben.
Conserva siempre en tu alma la idea de Ítaca:
llegar allí, he aquí tu destino.
Mas no hagas con prisas tu camino;
mejor será que dure muchos años,
y que llegues, ya viejo, a la pequeña isla,
rico de cuanto habrás ganado en el camino.
No has de esperar que Ítaca te enriquezca:*

*Ítaca te ha concedido ya un hermoso viaje.
Sin ellas, jamás habrías partido;
mas no tiene otra cosa que ofrecerte.
Y si la encuentras pobre, Ítaca no te ha engañado.
Y siendo ya tan viejo, con tanta experiencia,
sin duda sabrás ya qué significan las Ítacas.*

Konstantínos Kaváfis, *ÍTACA*

PRÓLOGO

La historia acaba en Santiago de Compostela, con aquella introducción enloquecida que hacíamos al *That's a plenty*.

Yo no estaba, pero luego pude leer los periódicos y las declaraciones de los testigos ante el juez, y pude también hablar con jefes de la policía y con una inspectora de homicidios de Barcelona; únicamente tengo que añadir la imaginación y la música.

El solo de batería que empieza por sorpresa y al galope, con un ansia que asusta, cuando la moto entra en escena por la calle Campo Santa Isabel, atravesando el puente, un ruido que ahora me parece ensordecedor y delator. ¿Cómo es posible que nadie previera lo que iba a ocurrir?

Dos hombres con casco integral que los protegía de los accidentes y de las miradas indiscretas. Era la hora exacta: el Mercedes negro y flamante aparcado delante de la casa, como esperaban. Uno se quedó en el extremo de la calle, esquina Fonte do Ouro, mientras el otro caminaba apresurado hacia la puerta de aquel edificio con vistas al río Sarela y el cercano campo de fútbol. Y a la batería de sus pasos marciales se suma el percutir sordo del contrabajo, igualmente apresurado, porque ahora son cuatro personas que salen de un piso y bajan la escalera.

La batería disminuye el volumen porque el hombre del casco integral se ha detenido junto al portal y no quiere que lo vean, pero no aligera el ritmo porque éste es el ritmo del corazón del hombre mientras espera y contiene la respiración, y mete la mano dentro de la cazadora de cuero demasiado abrigada para esta época del año.

Unos dedos inquietos arañan las cuerdas de la guitarra y desparraman notas alrededor, como un diluvio chispeante y punzante que hace vibrar los

cristales de los balcones y ventanas y escaparates, llena la escena de lentejuelas y chiribitas y acompaña a los cuatro hombres que bajan la escalera y llegan al zaguán. Justo cuando están a punto de abrir la puerta, el piano se une al alboroto, anunciando el desenlace agudo como un grito de alerta, desesperado e inútil, que no puede impedir que se abra la puerta y salgan a la calle los tres escoltas protectores: Darío, hijo pequeño del gran Moraes; Toledo, el hombre estirado y de tórax hinchado; y Avelino, el delgado y cargado de tics, que siempre se está tirando de los faldones de la chaqueta como si tuviera miedo de haberse olvidado los pantalones.

Los tres otean el horizonte, como personajes épicos de película de serie B, como si creyeran que el peligro sólo puede llegar de más allá de las casas de la acera de enfrente. Y no reparan en el hombre de casco integral y chupa de cuero que ya tiene la pistola en la mano y alarga el brazo precisamente cuando el viejo, gordo, abotargado, inmenso, ceniciento Moraes sale a la luz del sol en todo su esplendor, y ahora entra impetuosamente el saxo para agregarse a la precipitación vesánica de batería, contrabajo, piano y guitarra en un Magníficat de tiros, sangre y muerte.

La primera bala, en la sien, mata instantáneamente al viejo Moraes, que cae al suelo de costado como una estatua de dictador derrocado. La segunda bala hiere a Darío en el cuello, la tercera se clava en la espalda de Toledo el Estirado, y las balas siguientes ya saldrán de las pistolas de Toledo y Avelino. Entre tanto, en el siguiente coro de este tema trepidante, el hombre de la moto incluye el petardeo del motor y el súbito arranque *in crescendo*, una flecha que entra en escena, recoge al hombre de la pistola y quiere huir, sólo quiere huir y no puede hacerlo porque el tema todavía no ha terminado, el enemigo no está muerto del todo. Avelino continúa ileso y tiene pistola y dispara, y Toledo el Estirado aún no ha reparado en su herida y también tiene pistola y dispara, y los dos contribuyen al espléndido paroxismo con una traca de seis, siete, ocho, nueve, diez detonaciones, trac-trac-trac, la batería que tartamudea, tar-tar-tar-tartamudea, proyectiles que impactan en la espalda, nuca, casco del hombre de la pistola que ha subido de paquete en la moto y sirve de parapeto protector al que conduce.

Se rompe el tema con las filigranas que trenzan piano, guitarra y saxo, igual que se rompe la trayectoria fugitiva de la moto, porque el hombre de atrás

se ha caído y arrastra a su compañero y desequilibra la máquina que embiste suicida la acera, contra los chillidos de los peatones despavoridos, y se estrella contra la pared del edificio acabado de estrenar, «prohibido fijar carteles».

Así termina el tema, despacio, mientras se funden los gritos de espanto y callan la guitarra y el saxo para ceder las últimas palabras al piano, la batería, el motor de la moto caída que no calla, los gritos que se disuelven, el contrabajo, Toledo herido que huye, Avelino todo tics que huye, se alejan sus pasos, enmudece el saxo, se acercan las sirenas de la policía.

Así es como acaba la historia.

Y he dicho que yo no estaba, pero no es la estricta verdad. No estaba allí físicamente, ni como protagonista ni como testigo de los hechos, pero estaba en espíritu. Porque en la historia entré siete días antes, y cuando leía los periódicos y el atestado de la policía, tuve la sensación, la seguridad, de que de alguna manera estaban hablando de mí.

CAPÍTULO 1

Para que yo me quedara boquiabierto mirando a Zabala, O Zabala, María de la O Zabala, no era necesario que ella estuviera punteando unas notas al piano creyéndose a solas, ni que estuviera absorta en esas ocupaciones íntimas que tan apetecible resulta espiar. Tanto si iba andando por la calle, o estaba hablando por el móvil, o discutiendo con los otros de la banda, o comiendo, su sola presencia ya me provocaba una estupefacción inmediata, me dilatava las pupilas para no perderme detalle, me descolgaba la mandíbula y me despegaba los pies del suelo en una milagrosa levitación. Mi vida en suspenso.

De repente, Zabala se detenía a mi lado o hacía una pausa en su actividad, y me preguntaba «¿Qué miras?» o «¿Qué quieres?» o «¡Óscar!» y yo volvía violentamente a la realidad, se me rompía lo que llevaba en los dedos, tropezaba, pisaba una caca de perro, parpadeaba, tartamudeaba, se me escapaba un involuntario «¡Qué!», sólo eso, «¡Qué!», un «¡Qué!» que proclamaba a los cuatro vientos la más absoluta y espantosa de las estulticias.

Los otros chicos de la banda —Ovidi Aliaga (batería), Pepín Orango (contrabajo) y Jordi Cerdaña (guitarra)— se daban codazos y se reían. «¡Mira a Óscar, tú, jo, tío, va como una moto!»

Yo no me sentía deprimido. Me sentía indigno. Indigno de Zabala. Demasiado joven, demasiado inexperto, demasiado bobo, demasiado ignorante, demasiado idiota.

—Y ella es muy mayor para ti, hombre —me recriminaba Ovidi, cuando empezaba a sospechar que mis tribulaciones iban en detrimento de la música que hacíamos.

Tuvo el buen gusto de no añadir aquello tan antipático de «podría ser tu madre».

Yo retenía obsesivamente la palabra *demasiado*. Ella era demasiado en todos los sentidos y yo era demasiado poco en todos los sentidos. O Zabala me iba grande igual que me iba grande el *jazz*, el *blues*, el saxo, la ropa que llevaba e incluso la vida. Me sentía excesivamente principiante en todos los frentes. Como si hubiera aprendido a tocar el saxo demasiado pronto, antes de tiempo, sin tener la preparación suficiente. Antes de que me lo dijera el cabrón de Steve, yo ya había oído decir que puede existir el alcohol sin el *blues* pero nunca el *blues* sin alcohol. Y yo era abstemio. Y no experimentaba ninguna curiosidad hacia las drogas. Era consciente de que tocaba bien el saxo, porque lo veía en la reacción del público en cuanto empezaba a soplar, pero se me hacía evidente que aquel don no era suficiente para cubrir la distancia que me separaba de O Zabala. Tenía que esforzarme más y más. Si quería llegar con O Zabala más allá de la pura amistad, tenía que ser más alto, más grande, más atrevido, más agresivo, más adulto, más insolente, más indiferente, más seguro de mí mismo y, probablemente, más borracho y más drogata. Como la mayoría de la gente del *jazz*.

—Es el trauma primordial —me dijo Jordi Cerdaña, que nunca sabes por dónde te va a salir—. Imprescindible en todo artista creador.

—¿El qué?

—El trauma embrionario, el trastorno germinal, el pecado original de los católicos. ¿No has leído a Frank Thérán? La Biblia dice que al principio, antes de la creación, existía el verbo, o sea la palabra, y a esa palabra vamos a llamarla Dios. La ciencia la llama Caos, o Big Bang, la Gran Explosión. Todo es lo mismo. La Creación parte del Caos, de la Gran Explosión, del Pecado, del Trastorno, de la Revolución. No dudes que éste es tu trauma, Óscar, es el tiro de salida de tu viaje iniciático del que saldrás fortalecido y con más capacidad creativa. Lo dice el filósofo y psicólogo Frank Thérán, te lo recomiendo.

—¿Frank Thérán?

—Frank Thérán. El trauma embrionario.

Empecé a mirar de otra manera los porros que se pasaban Ovidi y Pepín, o el tabaco que consumía Jordi Cerdaña, o aquellos vasos de vino, cerveza o whisky que circulaban a mi alrededor, en los bares donde tocábamos, y que hasta aquel momento me habían provocado arcadas y dolores de cabeza sólo

al verlos. Los miraba deseando que despertaran en mí alguna clase de curiosidad.

No lo conseguía.

Nunca he sentido la necesidad de emborracharme. Sin alcohol, hasta entonces, había sido capaz de acercarme a la chica que me gustaba y contarle buenos chistes que la hicieran reír, y sé bailar y sé tocar música. El alcohol y las drogas, en cambio, me hacen perder todos los equilibrios, me vuelvo baboso y manolarga y las chicas se alejan de mí con una mueca comprensible; y mi relación con el saxo también se rompe, y no me gustan los sentimientos que transmito. Siempre he visto a los aficionados a la bebida como pobres desgraciados que no son capaces de llegar a ninguna parte por sí solos. Gente descontenta de sí misma que sólo se siente inteligente, espontánea y divertida cuando recurre a sustancias estimulantes. Entonces, fuman, beben, esnifan o se pinchan e, inevitablemente, se vuelven más imbéciles, más molestos e impertinentes que nunca y, encima, están más contentos que nunca de haberse conocido. Aprecio el sabor de un buen vino, y en casa siempre hemos celebrado las fiestas brindando con cava, pero no me gusta que se me enturbie la cabeza, ni que se me trabe la lengua, ni las vomitonas, ni mucho menos la resaca del día siguiente.

No obstante, en aquella época, miraba las copas y los cigarrillos que consumían mis amigos y me preguntaba si no sería yo el equivocado.

Mi seguridad se tambaleaba y eso se notaba a la hora de los ensayos, cuando empecé a imponer mi protagonismo con unas improvisaciones y unos solos tan exagerados que casi daban risa. No sé qué pretendía yo con aquel comportamiento exhibicionista, pero si se trataba de deslumbrar y seducir a O Zabala, me fracasó la estrategia. Mi actitud enseguida hizo que se enfadara y empezó por el «pero de qué vas, Óscar», hasta llegar muy pronto al «qué os parece si vamos a tomar una cerveza y volvemos cuando Óscar haya terminado de lucirse».

Los colegas, que en un principio se reían y comentaban que «Óscar está *pirao*» o «Óscar va de culo» o «Óscar está como una cabra», al final también se hartaron y me enviaron al cuerno.

Así es como se llega a situaciones absurdas en la vida. Todo iba bien hasta que me pareció que era menos que los otros y me empeñé en ser el

mejor: entonces, los compañeros se sintieron apabullados, Zabala me puso en el lugar que me correspondía y yo interpreté que me despreciaban, de manera que me esforcé aún más en demostrar lo que valía, los otros se sintieron todavía más apabullados, y Zabala se cabreó y yo todavía me sentí peor, y así se fue creando un círculo vicioso del que no había manera de salir.

En medio de esta danza enloquecida, llega mi padre y me habla de su amigo Antonio Gomall y de un equipo de música, y a mí, cacho ladrillo, me pareció ver en aquella contingencia la oportunidad de sacar al grupo del agujero en que se encontraba, de conseguir la prosperidad, el éxito y la fama de todos los miembros y, por tanto, de convertirme en el líder indiscutible y aclamado de la banda.

Pero no es así como deben hacerse las cosas. Cuando llegas a esos extremos, es evidente que nada saldrá como esperas y el fracaso más catastrófico te está esperando a la vuelta de la esquina.

Más allá de la puerta y del huracán, el cielo azul. Nubes. Desde donde yo me encontraba, no podía ver si volábamos sobre tierra firme o sobre mar, pero sí sabía que había muchos metros de caída libre, que allí nadie llevaba arnés ni cinturones de seguridad, que un paso en falso significaba la muerte.

La ventolera furiosa que nos despeinaba y sacudía las camisas de cuadros sólo era una tímida aproximación del horror que nos esperaba más allá del umbral.

Sentí en el estómago un vacío blanco, una burbuja que se me subía a la cabeza como una mala droga. Tenía tanto miedo, estaba tan vencido, tan desesperado, tan resignado, tan desconsolado como si ya estuviera cayendo a plomo.

El hombre que había abierto la puerta hizo un gesto a su compañero.

Astérix sacó una navaja del bolsillo, la desplegó y alargó ambas manos hacia la muñeca de Steve. Cortó la abrazadera de plástico. «Ahora, lo arrastrarán hasta la puerta y lo lanzarán al vacío.»

Steve se movió con tanta violencia que incluso yo me llevé un buen susto y supongo que añadí un grito al alboroto espantoso que de repente llenó el aparato, dominando incluso el tronar de los motores.

Chillidos de sorpresa, Steve estaba fingiendo, debía de hacer rato que esperaba aquel error de nuestros captores, chillidos de dolor, chasquidos de golpes que no sé ni de dónde salían ni dónde iban a parar; Steve Thurloe majestuosamente erguido, más alto y delgado que nunca, empujaba a Astérix al vano de la puerta, y yo pensé «¡Se ha vuelto loco, lo va a matar!», más allá del vano de la puerta, y el grito del hombre del bigote fue instantáneo, el grito de un hombre que no tiene tiempo de despedirse y que en un abrir y cerrar de ojos desapareció para siempre de nuestras vidas.

El otro hombre había caído al suelo y se aferró a la pierna del americano con afán irracional. Creo que no tenía intención alguna, no sabía qué hacer con aquella pierna. Steve lo fulminó a golpes del otro pie, unas patadas horripilantes, cargadas de maldad, que hicieron crujir huesos y arrancaron de la garganta del hombre gemidos de animal herido. No era necesario. Pensé que no era necesaria tanta saña, ni pisotearle la cabeza con ganas de aplastársela,

y me quedé estupefacto ante aquella imagen monstruosa que Steve me estaba ofreciendo. Al final, como quien tira una bolsa de basura que estorba en medio del paso, Steve se agachó, levantó del suelo al hombre como si fuera un pelele y lo proyectó hacia el exterior. Éste no chilló.

Yo estaba petrificado. Sentía los latidos del corazón como martillazos que alguien me estuviera descargando desde otra dimensión. Era incapaz de emitir ningún sonido, ni de llorar para desahogarme, a pesar de que notaba las lágrimas en las mejillas, ni de moverme ni de dejar de hacerlo. Me parece que el único punto de mi cuerpo que se movía eran las pupilas que seguían, dilatadas, los movimientos del guitarrista americano de rostro pintado de sangre.

Contemplé cómo corría hacia el extremo de la avioneta donde debía de estar el piloto. No sé si oí un grito, o un crujido, o me lo pareció, porque los motores no habían dejado de imponer su estruendo inhumano, indiferente a todo.

Steve Thurloe volvió cargado con un hombre vestido de *beige*, cuya cabeza colgaba y oscilaba de una manera irreal. Es lo único que vi del piloto. Que iba vestido de *beige* y que la cabeza se le columpiaba como si no tuviera vértebras.

Steve Thurloe también lo tiró fuera del avión.

Steve Thurloe acababa de matar a tres hombres delante de mis ojos.